

toria sobre el paisaje agrario de un ámbito de extensión modesta, sino que nos hallamos frente a un trabajo profundo en su análisis a la vez que ejemplificador de procesos que son extrapolables a multitud de espacios agrarios españoles.— ALFONSO MULERO MENDIGORRI

### *Historia urbana de Algeciras\**

El incremento de las obras dedicadas a la historia urbana en España, tanto en aspectos generales sobre las ciudades, como en explicaciones más ligadas a barrios o sectores concretos, ofrece ya una información valiosa sobre la evolución formal, económica, social y cultural de las ciudades españolas durante la época contemporánea. Si bien con un carácter a veces muy heterogéneo en cuanto a perspectivas y modos de analizar los procesos históricos que condicionan la evolución de estas ciudades, lo cierto es que se está formando un notable conjunto de obras científicas capaz de sostener interpretaciones de hondo calado sobre los procesos que explican la realidad urbana actual; interpretaciones que, además de su innegable interés intrínseco, ayudan a fundamentar y legitimar propuestas de desarrollo urbano futuro.

El caso de Algeciras reviste una gran originalidad respecto al proceso que la ha convertido en una de las principales ciudades del sistema urbano andaluz. La supeditación de esta localidad al devenir del Campo de Gibraltar y el complejo nudo de relaciones y de desencuentros en este espacio, ha condicionado la evolución de una ciudad con características propias entre las de su entorno.

Además, tal y como señalan los autores del libro, Algeciras es una ciudad que siempre se ha devorado a sí misma. Esta aseveración, que en buena medida es inherente a la historia urbana de la mayor parte de las ciudades, posee un carácter especial en el caso de esta localidad del Campo de Gibraltar, puesto que la evolución urbana se produce a partir de un largo período de pérdida del pulso urbano que abarca desde la baja edad media hasta principios del siglo XVIII. Las circunstancias por las que Gibraltar pasa a manos británicas abocan a la reaparición del núcleo de Algeciras, a la vez

que se origina un nuevo equilibrio de fuerzas entre las localidades de San Roque, Los Barrios y la propia Algeciras. Se puede afirmar que esta localidad es una ciudad de conformación contemporánea, en cuyos planteamientos pesa de forma notable el modelo de ciudad moderna, especialmente en las facetas más ligadas a los preceptos urbanísticos militares, y que se superpone a una estructura medieval casi del todo desmantelada a inicios del siglo XVIII, pero con una fuerte capacidad de influencia en la evolución física de la ciudad que renace.

La obra recoge estos aspectos, junto a otros que son más comunes a otras poblaciones españolas de la época, estructurándose en cuatro partes fundamentales:

La primera de ellas plantea, a modo de introducción, el contexto histórico y espacial en el que se desarrolla la Algeciras que será objeto ulterior del trabajo y que es la que media entre el renacer urbano de esta población desde los primeros decenios del siglo XVIII hasta los años inmediatos a la Guerra Civil española. Se compendia un período de dos siglos en los que una población, que resurge de forma casi provisional, en la confianza de que Gibraltar fuese prontamente devuelta a la soberanía española, y que termina consolidándose como la capital comarcal del Campo de Gibraltar y puerto natural del sur de España.

La segunda parte es una de las aportaciones fundamentales de la obra; se centra en los aspectos urbanísticos que orientan la construcción de Algeciras. Los planteamientos básicos que informan el crecimiento urbano del siglo XVIII se basan fundamentalmente en propuestas de ingenieros militares, cuya actitud práctica se concretó en una aplicación flexible del modelo de retícula, flexibilidad que debe entenderse en una adaptación a determinados elementos morfológicos preexistentes. El resultado es, en determinadas zonas, la aparición de grandes manzanas de formas no absolutamente cuadrículada, de manera que no se consigue, tampoco se persigue explícitamente, una ciudad de perspectivas abiertas y de espacios equilibrados y armónicos. La sensibilidad de los ingenieros militares se identifica más con una serie de propuestas que pretenden aprovechar la solidez de algunos edificios construidos en los primeros decenios del siglo y que condicionan la estructura de cuadrícula forzada en el entramado urbano de Algeciras.

Además, las propuestas urbanas y otras decisiones en la localización de ciertos usos y funciones urbanas, favorecen también a lo largo del XVIII una tendencia

\* Ana María ARANDA BERNAL y Fernando QUILES GARCÍA: *Historia urbana de Algeciras*. Sevilla, Consejería de Obras Públicas y Transportes, 1999, 377 págs.

que fija un contenido social y funcional más noble en la zona alta de la ciudad, al norte, en contraposición a una zona sur, inferior, de contenidos más populares. Este aspecto se refuerza durante buena parte del siglo XIX, especialmente en tanto que los lugares de encuentro social de la sociedad algecireña de aquel siglo se sitúan fundamentalmente en el primero de los ámbitos. Así hay que entender la reforma de la Plaza Alta, la creación de los Jardines de Cristina, la construcción de la plaza de toros, y la presencia de los teatros y cafés más señalados de la ciudad.

Esta visión de la expansión urbana y la consolidación de usos en el espacio colectivo y otros lugares de sociabilidad, se complementa con el desarrollo de los servicios públicos, de especial interés en el caso del abastecimiento del agua, recurso siempre escaso y que provoca que la historia del siglo XIX en Algeciras sea una crónica de la captación y agregación de nuevos manantiales para el consumo urbano. A su vez, la obra analiza las circunstancias por las que pasó la instalación de la red sanitaria, el pavimentado viario y el alumbrado público.

Esta segunda parte detalla además de forma prolija y ordenada el proceso de expansión urbana desde la conformación del centro urbano, la incorporación de sus bordes al proceso de urbanización, hasta el modelo de expansión periférico ya más propio del siglo XX; modelo desestructurado o, en todo caso, articulado en relación con las cañadas, bordes de caminos, solares marginales y otros espacios, en la mayor parte de las ocasiones de carácter público, y que son clave para comprender algunos de los problemas que condicionan el planeamiento urbanístico de la Algeciras contemporánea.

La tercera parte del texto indaga en el papel de las infraestructuras viarias, portuarias y de ferrocarril en la articulación territorial desarrollada por la ciudad, de forma que de una situación absolutamente inadecuada a inicios del siglo XVIII, y que se mantiene en buena medida a lo largo del XIX, se asiste a una situación más favorable desde los últimos decenios de aquel siglo y los primeros del XX. De esta forma, la ciudad no sólo se hace más accesible desde el exterior, sino que también se movilizan mejor los recursos de las comarcas circundantes y se asegura su salida hacia mercados externos.

La otra gran parte del libro, la cuarta, se centra en el análisis de la arquitectura en Algeciras. Aquí se hace repaso a la producción arquitectónica desde varios puntos de vista: los responsables y autores de la construcción, los materiales utilizados y, detalladamente dife-

renciadas, las distintas tipologías según los usos de las construcciones (arquitectura pública, doméstica, militar, religiosa o asistencial).

De especial interés resultan aspectos tales como el tipo de edificios dedicados a usos públicos, sobre todo los relacionados con el depósito o comercialización de alimentos (pósito, matadero, carnicería, pescadería, mercado). En buena parte de los casos, la construcción de edificios públicos se trata de iniciativas con proyectos ambiciosos que sólo se realizan parcialmente, con gran alteración del proyecto original, de lo que sirve de ejemplo el proyecto de Ayuntamiento de 1892, o que, simplemente, no pasan de ser proyectos, tal y como sucede con la cárcel.

También reviste gran interés el análisis de la arquitectura doméstica, para el que se establece un estudio tanto de carácter evolutivo, como respecto a estilos, materiales y teorías de construcción. Algeciras se muestra así como ejemplo de localidad en la que se entremezclan a lo largo del XIX y primeros decenios del siglo XX corrientes y tendencias tan distintas como el modernismo, el regionalismo o el racionalismo. Al tiempo que también aparece una original huella de estilo inglés que se concreta en la creación de hoteles, bungalows y un particular modo de entender el confort a partir de la arquitectura.

La impecable factura del trabajo, no obstante, podría haberse completado con un pequeño capítulo o epílogo que compendiasse de una forma general el período analizado, de manera que se facilitase una interpretación global y ya sintética de lo que tal período ha supuesto en la historia urbana algecireña y de cómo la realidad de los años treinta ofrece claves con las que comprender en parte la evolución posterior de esta ciudad. Se facilitaría de esta forma información sobre en qué medida su realidad actual, su estructura, su paisaje, con sus ventajas y cortapisas, responde a los avatares que ha experimentado Algeciras durante el lapso estudiado.

Con todo, esto no obsta para catalogar a la obra como ejemplar respecto a su capacidad de satisfacer una necesidad de conocimiento de la historia urbana de Algeciras. Esta ejemplaridad se plasma tanto en el planteamiento genérico ya presentado, como en la utilidad de sus apéndices, alguno de los cuales, como la cronología, supone un recurso muy cómodo a la hora de leer y contrastar distintas informaciones de las presentadas en el libro.

La memoria de la ciudad no es simplemente un cúmulo de experiencias pasadas, sino más bien, tal y co-

mo señalan los clásicos, una llama que anima el espíritu urbano y que plantea preguntas, propuestas y soluciones en la ciudad presente. En este sentido, este libro no es sólo un recurso para conocer un determinado pasado de Algeciras; es un compendio de información extremadamente útil a la hora de debatir sobre los posibles modelos urbanos para las Algeciras del futuro.— VÍCTOR FERNÁNDEZ SALINAS

### *El derribo de las murallas de Cádiz\**

El libro que comentamos es un sucinto tratado de geohistoria, que supera en forma amplia la microhistoria y la geografía local, de singular interés para los historiadores, urbanistas, geógrafos y gran público. Es una obra amena, galanamente escrita, y particularmente útil para los especialistas iberoamericanos, debido a la histórica ligazón entre esta ciudad-puerto fortificado de Cádiz y los principales núcleos comerciales amurallados del ámbito hispano americano. Aquí se puede consultar con propiedad la honda transformación de esta urbe y comparar la visión que tuvieron de ella nuestros viajeros ilustrados del siglo XVIII y temprano siglo XIX, con las innovaciones que se desencadenaron tardíamente a partir de 1906 con el derribo de parte de sus murallas. En efecto, para viajeros, comerciantes y presos patriotas, la monumentalidad de sus murallas estaba omnipresente en sus percepciones y recuerdos gaditanos, como se puede observar en las miradas, entre otros muchos de Francisco de Miranda o de don Nicolás de la Cruz y Bahamonde, primer Conde de Maule.

Mas aún, varios de los proyectistas, cartógrafos y constructores de estas murallas gaditanas las construyeron como arquetipos y centros de prácticas para las que construyeron en América, imitando en gran medida no sólo morfología, tipos y materiales de construcción, sino también conformaciones de atalayas, puertas, baluartes y otros artilugios de los reales ingenieros y arquitectos coloniales. Entre otros, como se señala en varias partes de esta obra, múltiples ingenieros y cartógrafos de experiencia en la conformación de las murallas gaditanas siguieron su obra en las fortificaciones americanas, siendo los casos relevantes de Manuel Hernán-

dez, Luis Díez Navarro, Antonio de Arévalo, Alberto Mienson, Luis Huet, Silvestre Abarca. Aun hoy se pueden observar rasgos gaditanos en las murallas de Cartagena de Indias y en varios fuertes del sur de Chile, Peru y Ecuador, que se deben a Alberto Mienson, o en las fortificaciones del castillo del Morro en La Habana derivadas de las obras de Silvestre Abarca.

En efecto, las murallas de Cádiz han sido el elemento básico de su estructura morfológica y de su bello paisaje portuario y comercial, posibilitando la perdurabilidad de la construcción monumental de esta gran Plaza Fuerte Atlántica Hispánica y su irradiación americana. Ello se ha redoblado por la posición geográfica de esta ciudad en el extremo mas suroccidental de la Península Ibérica, lo que facilitó su papel como punto de partida y de llegada de todas las corrientes de navegación, comerciales, financieras y culturales que desencadenaron los navíos de la Carrera de Indias, acrecentadas después del decreto de libre Comercio de 1778. Este esplendor epigonal se expresó en excepcionales construcciones de los grandes comerciantes gaditanos, que cesaron en su espectacularidad en el período de las guerras revolucionarias.

Mas tarde, la fuerza de diversos factores políticos y económicos entre los cuales destacó la pérdida de las colonias ultramarinas españolas, fue convirtiendo a estas murallas gaditanas en un relicto paisajístico, que cercaban el progreso e impedían el modernismo en su traza urbana y portuaria. No es casual, que a comienzos del siglo XX, ya consolidada la pérdida de Cuna, Filipinas, Puerto Rico y otros territorios, el alcalde de Cádiz en octubre de 1905, asociaba el amurallamiento de la ciudad con su decadencia, agravada por la pérdida americana:

«Sábese que los desastres coloniales han afectado mas que a ningún pueblo de la península al pueblo de Cádiz, que no es mas que un barco aislado en medio del océano y que al mar debe cuanto pueda ser mañana» (pág. 164).

Así, a comienzos del siglo XX, era un anacronismo el mantenimiento de estas fortificaciones, lo que contrastaba con la mayoría de las ciudades españolas, que ya habían superado ampliamente los límites de sus murallas históricas, derribándolas e integrándolas fácticamente en sus respectivos procesos de crecimiento urbano, en especial en espectaculares ensanches y arbolados bulevares, que aún siguen caracterizando a varios de estos núcleos urbanos españoles. Proceso que también se imitó, con poca gracia a nuestro entender, en algunas ciudades fortificadas del Caribe y del Pacífico Occidental Iberoamericano, con derribos de espectaculares mu-

\* Juan Manuel SUÁREZ JAPÓN: *El derribo de las murallas de Cádiz. Crónica de una transformación urbana*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, Cádiz, 1999, 253 págs.